

consideraba que de ésta era la culpa. Habría podido ser alcalde perpetuo, pero nunca solicitó ni quiso admitir tan elevado cargo, porque no siendo alcalde era más alcalde que si lo fuera, toda vez que el investido con tan alta autoridad no había de hacer nunca más que lo que D. Juan le ordenase. De esta suerte se hacía en el Municipio su santísima voluntad, y no tenía D. Juan la molesta y peligrosa responsabilidad de la administración. En honor de la verdad ha de consignarse que, animado de un espíritu de rectitud y justicia digno de todo encomio, no aconsejaba jamás ninguna arbitrariedad, sino por el contrario, con particular cuidado procuraba que los alcaldes cumplieran su deber sin molestia del vecindario, y evitaba las enojosísimas cuestiones que surgen con pasmosa facilidad en los pueblos pequeños, y lograba que la administración municipal fuese un modelo que debieran imitar los demás pueblos, en muchos de los cuales tengo por materialmente imposible aclarar los embrollos é irregularidades que existen de tiempo atrás, y que vienen haciendo cada vez más difícil la administración del común y la situación de los alcaldes, que algunos, sin haberlo comido ni bebido, se encuentran abrumados de responsabilidades y metidos en un laberinto, en el que no digo yo el hilo de Ariadna, pero ni una sogá tan fuerte como un cable puede guiarles.

En el pueblo de Bernabé todo era paz y concordia; no se veía un rostro sombrío ni una mirada recelosa; allí no existía la envidia; allí no se conocía el odio, y el juez municipal no tenía nada que hacer, ni el Juzgado de primera instancia, que estaba en la cabeza del partido, había llegado á conocer á ningún vecino de aquel venturoso pueblo, pues ninguno se le había presentado como acusado ó como querellante. No había allí para todo evento más juez que don Juan, y si todos los pueblos fueran como aquél, seguramente no sacaría el Estado gran provecho de la renta de papel sellado, del que sólo el Ayuntamiento hacía el consumo necesario, pero los particulares rarísimas veces le habían menester. También era desconocido en el pueblo el singular personaje que se llama comisionado de apremio, porque el Municipio cumplió siempre puntualmente sus obligaciones y nada debía al Estado ni á la caja provincial. No había ricos, es decir, no se conocía quien tuviera las onzas de oro guardadas en gran cantidad, pero tampoco había pobres, porque todos los vecinos cubrían sus necesidades, y se contentaban con pedir á Dios el pan de cada día, que se le otorgaba con creces. El único rico, y nunca lo fué mucho, era D. Juan.

No diría yo verdad si no dijera que me fué muy agradable la vida en el cortijo y en el pueblo inmediato. Y era un espectáculo encanta-

dor el de la verdadera fraternidad que allí existía y el gozo y buen humor que á todos animaba. Algunas viejas murmuraban á las veces, pero sin consecuencias; nadie les hacía caso; sus chismes eran recibidos con risas y jolgorio, y se les toleraba el desahogo en gracia de sus muchos años y de su menguado entendimiento. La tierra daba lo bastante con poco trabajo que en ella se empleara, y los hombres, por consiguiente, no tenían que soportar la fatiga de una labor ruda y constante. El señor cura era querido y respetado, porque él se hacía querer y respetar; el maestro de escuela se asombraba cuando le decían que en la mayor parte de los pueblos de España sus colegas están malamente retribuídos y cobran sus asignaciones con notable atraso, que por milagro viven, y muchos de ellos han sucumbido víctimas de su mala ventura. El médico estaba preocupado gravemente pensando que no practicando su ciencia iba á olvidar cuanto había aprendido, pues en aquel bendito pueblo años hacía que ningún vecino se ponía malo, y el que moría no moría de enfermedad, sino de vejez. El boticario, que era hombre de muy mal carácter, una excepción en el pueblo, había tomado la determinación de marcharse á Granada á regentar una oficina de farmacia, porque en el pueblo hubo mes en que no vendió más que cosa de dos reales de flores cordiales, y figúrese el lector la de-

sesperación de un farmacéutico que después de estudiar tantos años y de haber hecho provisiones de medicamentos para matar á medio mundo, se veía recompensado luego con tan exíguo producto. El hombre hacía un triste papel en aquel vecindario, pues él solo estaba allí dado á los demonios, él solo veía con enojo la irritante salud de que gozaban los vecinos, y él solo iba perdiéndola, de tanto rabiarse, y empezaba á temer que él solo iba á tener que consumir las medicinas que se le estaban averiando en la botica, y considerando todo esto, un día fué y cogió sus retortas, morteros y alambiques, sus frascos, sus botes y sus cajas de hierbas, y salió más que de prisa, diciendo á las pocas personas de quienes tuvo la atención de despedirse que se marchaba porque en un pueblo donde nadie enfermaba ni moría no se podía vivir.

Y nadie notó su ausencia.

El médico, más filósofo, no abandonó su puesto, porque al fin y al cabo cobraba su dotación por el Ayuntamiento y las igualas con la gente acomodada, y no tenía nada que hacer, pudiendo cómodamente dedicarse á comentar las noticias de *La Correspondencia*, que todos los días se la aprendía de memoria para decir después al cura todo lo que pasaba en el mundo, siendo el digno ministro del Señor y él los únicos que allí sabían las noticias del resto del Universo.

Ni siquiera las elecciones de diputados pu-

dieron alterar jamás la buena armonía de los vecinos del pueblo, porque lo que hacían los electores era preguntar á D. Juan á quién habían de votar, y el nombre que D. Juan les indicaba era el que salía de la urna, sin que otro candidato obtuviera un solo voto. De manera que el elegido gastaría acaso en otros pueblos del distrito lo de costumbre para el alboroque y el festejo, pero en aquel no gastaba un ocha-vo. Y en cambio, de aquel pueblo no recibía durante su diputación ninguna absurda petición, ningún enojoso encargo, ninguna molestia. Nadie volvía á acordarse de él para bueno ni para malo. ¿Qué falta les hacía el diputado teniendo á D. Juan?

En fin, porque se vea qué bien ordenado estaba todo en aquel pueblo y qué buena era la gente, diré que allí no se veían mulos flacos y huesudos, bueyes con las costillas á la vista, cubiertos únicamente por el pellejo, ni perros escuálidos y hambrientos, ni ovejas ni cabras tísicas. Allí, todos los animales estaban gordos y lucidos, como bien tratados y perfectamente mantenidos, alegres, ágiles y hermosos. Utilizábanlos, como es natural, pero tratábanlos con caridad y reconocían su valor y agradecían sus servicios. Y también los animales parecían como que agradecían el buen trato que se les daba, porque ni los mulos soltaban pares de coces, ni los perros mordían á nadie del pueblo, y los no-

villos y las vacas bravas dejábanse conducir por tiernos niños, y aun los lamían, acariciándolos, y los gatos solían tener allá sus duelos y quebrantos, y sus reyertas unos con otros disputándose el cariño de las gatas, que las había tan hermosas como coquetas, pero nunca dieron el más leve arañazo á ningún chico travieso ni á ninguna vieja sobona é importuna.

Viví, pues, dos meses entre aquella buena gente tan satisfecho y contento, como no he vivido en ninguna otra época. Durante el día visitábamos Bernabé y yo el pueblo, y en todas partes éramos recibidos con amor y confianza, y si hubiéramos admitido todos los agasajos con que se nos brindaba, habríamos salido á indigestión por día; pero si no admitíamos el obsequio de cosas de comer, no rehusábamos las hermosas flores con que nos favorecían las muchachas que, si no hacían dengues oyendo requiebros cultos, tampoco daban ocasión de hacerles ciertas insinuaciones que pudieran traspasar los límites de lo conveniente. Y por la noche reuníase en el cortijo casi todo el pueblo, y allí, al aire libre, con la atmósfera saturada de azahar, se pasaba deliciosamente la velada, oyendo á D. Juan sus cuentos y chascarrillos siempre decentes é ingeniosos, ó extasiados todos escuchando las dulcísimas melancólicas canciones que entonaban la hija del Alcalde, la mujer del Síndico, la sobrina del cura, acompañadas de

la guitarra, admirablemente manejada por el novio de la primera, arrancando de las cuerdas suspiros que respondían á los de su gentil prometida.

Y con un sabrosísimo gazpacho, y algo más sólido, y un vino del que D. Juan conservaba de su padre, y habíase propuesto que se bebiera todo durante nuestra permanencia en el cortijo, terminaba la amenísima velada, y los del pueblo se iban á sus casas cantando, y nosotros nos acostábamos, dejando á los perros en el corral, que, sintiendo el más leve ruido, avisarían á su amo, y mientras ellos no interrumpían con sus ladridos el silencio de la noche, podíamos dormir tan tranquilos como si una compañía de la Guardia civil velara nuestro sueño.

Indudablemente era muy ventajosa la vida de aquellos vecinos y por todos conceptos digna de envidia. Y sin embargo, D. Juan, muy entendido en cosas de astronomía con aplicación á la agricultura, nos comunicó á Bernabé y á mí un temor que le inquietaba, el de que el pueblo donde tenía todas sus afecciones llegara á sufrir esa terrible incomparable desgracia que se llama la sequía.

—Hace tres años,—nos decía,—que llueve menos de lo que se necesita para que la tierra dé su fruto; el año pasado llovió menos que el anterior y este año ha llovido menos que el pasado. ¿Qué sucederá el año que viene? La tie-

rra es buena y aún da de sí; pero si el año próximo llueve menos y el siguiente no llueve nada, ¡pobre pueblo! ¡pobre pueblo!

Y aquel hombre tan jovial, tan alegre, tan despreocupado, tornábase grave, y veíasele inquieto y taciturno, bien que pronto volvía á su carácter habitual, sobre todo, cuando entraba gente en el cortijo, porque no quería turbar ni un momento la alegría y la confianza de sus convecinos.

Con pena ví llegar el día de regresar á Madrid con mi amigo Bernabé, pero era preciso; uno y otro teníamos asuntos de interés á que consagrarnos en Madrid, y no podíamos prolongar, bien á pesar nuestro, la satisfacción de vivir en aquel verdadero paraíso.

Casa por casa fuimos despidiéndonos de aquellas honradas familias, y yo, poco dado á linaje alguno de sensiblería, sentí dulcísima emoción al despedirme de tan estimables personas y de un pueblo como aquel, exento de toda mala pasión, de toda ruindad y de todo vicio. Todo el vecindario, precedido del bueno de D. Juan, salió á despedirnos y nos acompañó largo trecho, y luego, despidiéndonos por la postrera vez, continuamos el camino en la misma forma que cuando fuimos, es decir, acompañados de los dos dependientes de D. Juan, convenientemente armados, por si acaso se nos ponía delante algún émulo del *Mađuro*, con su correspondiente cuadrilla.

Bernabé lloraba, y no era extraño, porque allí dejaba á su amante padre y á sus amigos de la infancia, pero yo también, sin dejar allí persona alguna á quien me ligasen dulces afectos, sentí algunas lágrimas en mis ojos y en el fondo del alma vivo deseo de tornar á aquel pueblo tan sencillo, tan sincero, tan cristiano, tan hermoso y digno de ser amado.

Nada notable nos ocurrió hasta llegar á la estación del ferrocarril, donde acababa de entrar el tren que rápidamente nos trajo á Madrid.

Durante algún tiempo Bernabé y yo continuamos viéndonos todos los días, hablando siempre de su padre y de su pueblo, porque esta era para los dos la más agradable conversación, y frecuentemente me leía las cartas que recibía, en las que siempre decía el excelente D. Juan que todo el pueblo le encargaba me diera muchas memorias. Después Bernabé tuvo que salir de Madrid, yo también, y dejé de saber con tanta frecuencia noticias de aquella buena gente.

IV

Dos meses hace volvía yo á Madrid por la línea del Norte, y en una de las estaciones, al entrar en la fonda con el propósito de tomar una especie de chocolate, me encontré con Bernabé que salía.

—¡Dichosa casualidad! ¿A dónde vas?...—le dije.

—A Madrid—me contestó—y mañana mismo á Andalucía.

—¿A tu pueblo?

—Sí, amigo mío, tengo noticias de que mi padre está enfermo y corro á su lado. Temo que me engañen; temo que mi padre esté gravemente enfermo.

—Tranquilízate.

—¡Oh! no puedo; temo que haya muerto.

—No lo querrá Dios; él es muy robusto.

—Amigo mío, mi padre ha sufrido mucho; ya no es ni sombra de lo que era. Le ví hace seis meses, y desde entonces no vivo tranquilo. Todas son desgracias en aquel pueblo, y para que su situación sea más triste no le faltaba más que la enfermedad... no quiero decir la muerte, de mi padre, y sin embargo el corazón me dice que mi padre ha muerto.

Bernabé sollozaba, y su dolor me conmovía profundamente.

—Bernabé — le dije — yo quiero acompañarte.

Mi pobre amigo estrechó mi mano, y ahogándole los sollozos dióme gracias y aceptó la prueba de amistad que le daba.

La noche siguiente nos pusimos en marcha para Andalucía, y en vano traté de animar y entretener, durante el camino, al afligido Bernabé.

Nos esperaba en la estación sólo uno de los hombres que seis años antes nos habían acompañado, y no nos esperaba con caballos. Para hacer el camino se nos había preparado una tartanilla vieja y deslucida, cuya cubierta estaba hecha girones, y de la que tiraba una mula de triste aspecto, llena de mataduras horribles y asquerosas, de áspero pelo, flaca, macilenta, que apenas podía tenerse en pie, y en su fatigosa respiración demostraba su poca ó ninguna salud.

—¿Cómo está mi padre?—preguntó Bernabé al hombre.

—Señorito,—contestó—D. Juan está echadito á perder.

—Pero ¿no ha muerto?

—¡Quiá! no señor, ¡pues no faltaba más!

Y el hombre dijo esto con tan triste expresión y me miró de manera que comprendí toda la dolorosa verdad.

—¿No me engañas?—le preguntó Bernabé.

—No, señorito.

Y me miró otra vez el hombre, y comprendí que me encomendaba el cuidado de preparar á mi amigo para el terrible trance de llegar al pueblo y hallarse sin padre.

La mula no podía andar, y como por el camino por donde fuimos la primera vez que acompañé á Bernabé á Andalucía era imposible ir en aquel desvencijado carro, hubimos de dar un

rodeo de más de una legua, y ya era muy entrada la noche y aún nos hallábamnos muy lejos del cortijo.

El pobre animal tropezaba y caía, y el conductor se veía y se deseaba para lograr que se levantase.

Aún faltaba un cuarto de legua largo para llegar al cortijo, cuando volvió á caer la mula, y la tartana se vino encima del animal y Bernabé y yo salimos como pudimos de aquel cajón que sufrió unas cuantas roturas, las únicas que le faltaban para quedar de todo punto insertible.

En vano intentó el hombre levantar á la mula, que no podía volver á levantarse; estaba muerta.

No hubo más remedio que abandonar la mula y la tartana, y seguir á pie el camino que nos faltaba.

Y como Dios me dió á entender, preparé á mi amigo para el golpe cruel que le esperaba.

A las doce de la noche entrábamnos en el cortijo, y no salieron á recibirnos los fieles mastines tan afectos á Bernabé.

Este parecía sereno; ya sabía que había muerto su padre y corría en dirección á las habitaciones que en vida ocupaba el pobre viejo. Y llegado que hubo á la alcoba, estalló el dolor del huérfano, y allí, de rodillas, junto al lecho mortuorio, golpeó el suelo con su cabeza y dejó

correr abundante de sus ojos el llanto de la desesperación. Inútil fueron mis consejos y exhortaciones, y á la fuerza, con el auxilio del criado, le hice salir de aquella habitación, que cerré con llave, guardándomela para que no pudiera volver.

—Señorito,—dijo el hombre— Dios nos ha dejado de su mano, y no debemos sentir la muerte del viejo, porque él á lo menos está en la gloria, que con sus acciones se la había ganado; pero nosotros hemos quedado de forma y manera, que envidia debemos tener al que se ha ido del mundo.

Bernabé no contestaba, no oía nada; dominábale absolutamente el dolor de su inmensa desventura.

Acompañándole pasamos la noche, y á la mañana mi pobre amigo quedó aletargado más que dormido, y tomándole la mano, advertí que le abrasaba la calentura. El criado avisó al médico y vino prontamente el mismo á quien había yo conocido en mi anterior viaje; pero ya no era el mismo hombre. Pálido, demacrado, envejecido, sombrío, nadie hubiera reconocido en él al risueño y pulcro profesor, que seis años antes temía olvidar su profesión porque no tenía ocasión de ejercerla, y se pasaba el día haciendo visitas y no de médico, ó aprendiéndose *La Correspondencia*. Mandó que acostásemos á Bernabé y se estuviera quieto.

—No tengo,— dijo,— medicina que darle, porque aquí no hay botica; de manera que le receto lo que á todos los enfermos, cama y quietud, y que coma de lo que tenga, que yo sé que tendrá poco y por consiguiente, comerá con mucha moderación.

Acostamos á Bernabé y quedó tranquilo, y á su cuidado el fiel dependiente del difunto don Juan.

—No hay temor,— dijo el médico,— D. Bernabé necesita descanso y pronto estará bien; pero luego váyanse ustedes sin demora de este desdichado pueblo, porque hay grave peligro.

—¿Por qué?...

—El tifus, amigo mío, hace cada día alguna víctima.

—¿Es posible? ¡Un pueblo tan sano como este! ¿Cómo se explica tan notable variación en sus condiciones climatológicas?...

—Amigo mío, hace tres años que no llueve, con esto ya digo á usted lo bastante para que comprenda la triste situación de este pueblo.

—¡Qué desgracia!

—¡Horrible! Aquí vamos á morir todos. Si quiere usted ver un espectáculo que se desconoce allá en Madrid, del que no se tiene idea siquiera, venga usted conmigo, venga usted á recorrer el pueblo, y después cuando vaya á la corte, si tiene usted algún amigo en el Gobierno, dígale en caridad, que Dios ha de pre-

miárselo, cómo está este pueblo, y qué justo es que se le socorra y se alivien sus males.

Salimos el médico y yo, y nos entramos por las calles del pueblo, bajo un sol abrasador.

Muchas casas estaban cerradas.

—En esas casas,— me dijo el médico,— no hay ya vecinos. Se morían de hambre y han emigrado á Africa. Algunos gozaban un verdadero bienestar, tenían sus tierras, sus útiles de labranza, sus animales; pero la tierra se ha vuelto estéril, y los animales se les han muerto porque no encontraban en el campo ni una mata que comer. Otros, temiendo que los animales se les murieran, los han llevado diez ó doce leguas de aquí á venderlos por cualquier cosa, y las pobres bestias, faltas de alimento, han sucumbido al término del viaje. Nos hemos comido el grano que había en las paneras, y luego que se ha acabado, hemos comido maiz, y pronto ni eso tendremos que comer; D. Juan dió al pueblo cuanto tenía y luego que ya no tuvo, con su garantía nos facilitó algún rico de la ciudad algunas fanegas, y luego más, y después más; de suerte que lo primero que se recoja, cuando Dios quiera, no nos bastará á pagar lo que debemos al rico de la ciudad. Hasta el año pasado hemos satisfecho, Dios sabe cómo, las contribuciones; pero este año ya no podemos, ya no pagamos. D. Juan, pocos meses antes de morir, hizo al Gobierno una instancia pidiendo la

condonación de la que debemos; pero nos han enviado... aquél, aquél que está allí, sentado á la puerta del Ayuntamiento.

—¿Y quién es aquél?

—Un comisionado de apremio con 20 reales diarios. No podemos darle los 20 reales, ni de comer tampoco. Él parece qué traía algunos cuartos; pero aquí ni con dinero se puede comprar nada, porque no hay que comprar; lleva aquí ocho días y ya se ha quedado muy desmejorado, si no se marcha pronto le pronostico un tifus más fijo que el sol. ¿No conoce usted á esa mujer que está en la puerta de la casa de la izquierda?

—No, señor.

—Pues esa es la hermosísima doncella que hace seis años, cuando usted estuvo aquí, cantaba aquellas dulcísimas playeras, por la noche, en el cortijo de D. Juan.

—¿La hija del alcalde?

—Sí, señor, del que era alcalde entonces, la pobrecita se casó con aquel guapo mozo que tocaba la guitarra, y era el matrimonio más venturoso en la comarca. Tuvieron dos niños, que hace cuatro meses se murieron de mal alimentados los pobrecitos.

—¿Y el padre?

—El padre se marchó á trabajar en una mina, y allí está viviendo semanas enteras en el subterráneo. Cada quince días suele venir á ver

á su mujer; ya tiene el desdichado en el rostro el sello de la horrible enfermedad que dentro de poco ha de llevarle al sepulcro.

Un hombre flaco, mal vestido, de aspecto triste, se agregó á nosotros, y el médico me le presentó.

Era aquel maestro de escuela que se ufanaba de cobrar puntualmente su asignación; pero ya no podía ufanarse de tan buena fortuna, porque me contó que hacía dos años que no veía un cuarto, y un año que no podía mantenerse, porque un terreno de su propiedad, que lo había sembrado de lentejas, que cuando se dan bien, se multiplican de una manera maravillosa, no le había producido nada, absolutamente nada, y debía lo que había sembrado.

Los chicos estaban por allí buscando la sombra, amarillos, flacos, tristes, como espantados y recelosos. No había escuela, porque ni el maestro tenía fuerzas para enseñar, ni los chicos para aprender.

—Por cierto,—dijo el maestro—que hace tres meses vino el inspector á hacer la visita; estuvo aquí un día, examinó á los muchachos, ninguno le contestó á las preguntas y creo que ha informado diciendo que yo tengo la escuela en el mayor abandono. Ahí tengo un interrogatorio y un pliego de cargos que me hace la Junta provincial, y ya lo tengo contestado. A todas las preguntas, respondo: «Porque no como,» y es la verdad.

Faltaba la mitad del vecindario. Unos habían muerto, otros estaban en Africa, muchos habían ido á otras provincias menos desdichadas á buscar trabajo.

Ya no se oían canciones alegres, ya no había ni siquiera paz en el pueblo. Cada sesión del asendereado Ayuntamiento, era un desastre. Los concejales hacían dimisión aunque no eran renunciables sus cargos; el Alcalde, se echaba en el surco y decía que iba á matar á uno para que le llevasen á presidio á descansar; el secretario no extendía las actas ni daba cumplimiento á ninguna circular de las que se recibían del Gobierno civil; al pobre que pedía bagaje le multaban, á los presos transeuntes les daban un perro chico de socorro... En fin, en aquel pueblo tan feliz seis años antes, todo era desolación y llanto, discordia y miseria, hambre y desesperación.

Volví de mi paseo dolorosamente impresionado, y me despedí del médico, que fué á continuar su buena obra visitando á los enfermos, á quienes no tenía medios de curar, y prometiendo volver á ver á mi amigo.

—Señorito,—me dijo el criado—aquí hay una carta de Madrid para D. Juan, que llegó cuando ya había espirado. Tómela usted y ábrala, que no se incomodará por eso el amo.

La abrí, en efecto, que á este abuso me autorizaba mi fraternal amistad con Bernabé, y era

de una persona importante de Madrid que le incluía copia de la Real orden que con la misma fecha se había expedido por el Ministerio de Hacienda, condonando al pueblo los débitos por contribuciones, y otra copia de otra soberana resolución, autorizando al Ministro de la Gobernación para conceder al mismo pueblo una suma importante del fondo de calamidades públicas para socorro de las familias necesitadas.

Quise que Bernabé fuese quien diera tan buenas noticias al pueblo en nombre del pobre viejo, y éste fué el mejor consuelo para su incomparable dolor. El día siguiente Bernabé dejó el lecho y salió, y fué al Ayuntamiento y dió lectura, con lágrimas en los ojos, de las dos Reales órdenes con que S. M., á propuesta de su Gobierno, acudía paternalmente á librar de la muerte á todo un pueblo leal y honrado.

Y aunque el sacristán y los dos monaguillos de afición no tenían muchas fuerzas que se diga, subieron á escape á la torre y echaron á vuelo la campana, la misma que el bueno de D. Juan había subido sobre sus espaldas al campanario y que ya no sonaba alegre sino siniestra en medio de aquella desolación.

Y para la tarde dispuso el señor cura solemne procesión con la Imagen de la Virgen, en rogativa á su Divina Majestad, para que otorgase al pueblo el beneficio de una lluvia abundante.

Procesión solemne he dicho, y dije la verdad, porque no he presenciado nada más solemne que aquel acto, pobremente celebrado, con escasísimas luces y con el concurso de todo el pueblo.

Era un espectáculo tiernísimo. El cura, revestido con ornamentos deslucidos y llenos de curiosos zurcidos, recitaba las oraciones, que repetía el pueblo entero.

Y no había allí ojos enjutos, lo mismo lloraban las pobres viejas, las amantísimas madres, que llevaban en brazos sus escuálidos hijuelos, las mozas solteras, que tan lejos veían la proporción de casarse, como los hombres de rostro curtido y enmarañada barba, porque hasta el barbero habían suprimido, y los que se afeitaban solos, por no gastar jabón y agua caliente, habíanse dejado crecer todo lo que les salía en la cara.

Bernabé y yo acompañamos la piadosa procesión, que desde la Iglesia se dirigió al cementerio, y en el sitio donde había sido sepultado el cadáver de D. Juan, el cura dijo un responso y el pueblo una oración por el alma buena que estaba gozando de Dios. Bernabé, con amor y con llanto, besó la tierra que cubría los despojos de su padre. Y todos volvimos al pueblo más consolados y llenos de esperanza en la misericordia de Dios.

El Juez municipal se presentó por la noche en el cortijo.

Traía un pliego.

—Señor D. Bernabé,—dijo á mi amigo,—su padre de usted había hecho testamento, y me le entregó cuatro días antes de morir. Aquí está, y al mismo tiempo me entregó este otro papel, que escribió en mi presencia.

Bernabé cogió el testamento y lo dejó sobre la mesa, pero el otro papel lo leyó en voz alta.

Decía lo siguiente:

«Hijo mío, por mi testamento te dejaba cuanto poseía; pero perdóname, al morir nada poseo ya; te he usurpado tu hacienda para dársela á los pobres de mi pueblo. La sequía los mataba, y yo no podía ser indiferente á su infortunio. Todo te lo he arrebatado, todo, hasta este cortijo, que si le quieres conservar, tendrás que pagar á D. Gil Pérez, de Granada, 4.000 duros que, con esta hipoteca me prestó cuando ya había yo agotado mi dinero. Él, en verdad, no me dió más que 3.000, pero tú deberás pagarle 4.000, porque yo le firmé haberlos recibido. Perdona á tu padre, hijo mío, y caigan sobre tí las bendiciones con que este pueblo me ha pagado los servicios que he podido hacerle. Quedas pobre, pero eres bueno y sabes trabajar. Dios te ayudará.»

Bernabé no tenía lo bastante para recobrar el cortijo de su padre, pero en Madrid halló persona que le prestase la cantidad necesaria y lentamente la va pagando.

Y como decía su padre moribundo, Dios le ayuda.

Ocho días más estuvimos en el pueblo, y salimos de él dejando al vecindario algo más tranquilo y esperanzado.

Y cuando salimos llovía copiosamente.

Pero tardará mucho el pueblo en recobrar su animación, su alegría, su bienestar y su sosiego, y aun necesitarán sus vecinos mucho trabajo, mucha abnegación, mucha conformidad para sufrir las consecuencias de la sequía.



¡QUÉ HOMBRES!



I

SEÑORITA, la Virgen Santísima se lo pague.

—Dios la bendiga.

—Gracias, señorita, Dios le conserve la vista.

—Salud, señorita, para socorrer á los pobres.

De esta suerte expresan su gratitud los que, situados á la puerta de San Ignacio, en la calle del Príncipe, reciben algunas monedas de manos de una elegante dama.

Todos los domingos, á las once, esta señora oye devotamente misa en la misma iglesia, y siempre reparte á los pobres, á la salida, algunos reales.

Ellos la llaman la señorita guapa.

Señorita ha sido, pero ahora es señora, como que está casada; guapa lo ha sido, lo es y lo será todavía por mucho tiempo, si Dios quiere.

Es una de esas incomparables mujeres de Madrid, que son el asombro de los extranjeros,

y el orgullo y la gloria de los hijos de la heroica villa; mujeres que reúnen absolutamente todas las perfecciones, todas las gracias y todos los atractivos.

Pero ustedes la deben conocer... ¡ya lo creo!

Es Purita P... Hace cinco años era el encanto del gran mundo, la reina de los salones; complaciente y amabilísima, sentábase al piano, y si Beethoven y Mozart la hubiesen oído— mejor es que no la hayan oído—le habrían comido las manos á besos, y no sé de qué modo hubiesen podido expresar su admiración Meyerbeer y Rossini, oyéndola convertir las notas de *Los Hugonotes* y *El Barbero* en música del mismo cielo, es decir, celestial. Y no era extremada solamente en la interpretación de la música de los grandes maestros, porque también cantaba al estilo flamenco primorosísimamente y decía con singular gracia los versos de Alfredo de Musset, de Octavio Feuillet y de Zorrilla, y representaba con notable acierto los más difíciles papeles en las comedias de Vega y de Bretón, como si desde chiquita hubieranla dedicado á la escena y llevase ya largo tiempo de primera actriz en los teatros de la corte.

Como patinadora también era Purita una notabilidad, y entre las amazonas del circo ecuestre no hay ninguna que tenga á caballo la seguridad y la destreza de que Purita hacía bizarro alarde, haciendo galopar en el Retiro un

arrogante corcel cordobés, de pura sangre, propiedad de una amiga de su madre.

Es decir, que Purita era entonces la señorita más distinguida de Madrid, y hoy es la dama más gallarda; pero ya no patina, ni monta á caballo, ni canta, ni declama.

II

Al salir del templo Purita, acompañada de las bendiciones de sus pobres, pasa por la acera un caballero todavía joven, buen mozo, con aire de conquistador, vestido irreprochablemente con un traje de mañana, que acredita la buena tijera del sastre.

Mira á Purita y exclama:

—¡ Dios, qué mujer!

Y echa á andar tras ella, gozando en contemplar aquella airosísima y elegante figura.

Las mujeres adivinan que las siguen. No necesitan volver la cabeza para saber que va detrás de ellas alguno.

—¡ Ya tengo hoy caballerizo!, — se ha dicho Purita — ¡ qué hombres!

Y aprieta el paso y se entra en una guantería de la calle del Príncipe, donde pide guantes, y elige entre muchos y se entretiene viendo las novedades que el comerciante acaba de traer de París.

El escaparate de la puerta se copia perfectamente en un espejo colocado en frente. Purita ve al mismo tiempo que las cosas que trajo de París el comerciante, al caballero, que espera mirando las corbatas, las camisas; los cien objetos expuestos en el escaparate.

Y sigue entretenida en el examen de lo que le enseña el guantero.

Al fin, hace su compra, paga, y dice que luego enviará el criado á recoger lo comprado.

El caballero ya no está delante del escaparate.

Pero al salir de la tienda Purita, el seductor aparece delante de ella, y le murmura:

—En todo el mundo que he recorrido no ví mujer más hermosa.

Purita pasa y sigue su camino.

Pero se detiene un momento, porque de un portal sacan mozos de cuerda una enorme cómoda para colocarla en un carro de mudanzas.

El caballero se acerca á Purita y repite:

—No, no ví mujer más hermosa que usted.

Purita no responde.

—Siento que usted se enoje porque le digo la verdad, — prosigue el galán.

—Caballero, — dice grave la señora, — usted se equivoca.

—¡Ah! ¿no se enoja usted? ¡qué fortuna!

—¡Qué osadía!; señor mío, siga usted su camino.

— Mi camino es el mismo que usted sigue.

— Retírese usted le digo, soy casada.

— Lo había presumido y me complace saberlo.

— Es usted osado.

— Si señora. ¿Y quién es el marido de usted?... ¿No estará ausente por ventura?... ¿No habrá ido empleado á Filipinas?

— ¡Caballero!

El paso está libre y Purita continúa andando, y el galán á su lado.

— ¿Es algún señor mayor?... Porque esos señores mayores yo no sé como se las componen para apoderarse de las mujeres más hermosas.

— Es usted un insolente.

— Vamos, acerté; un señor mayor es el feliz y odioso mortal con quien usted ha ligado su existencia.

— Caballero, ó se retira usted ó llamo á un agente de orden público.

— Llámeme usted. No me llevará ante la autoridad por haber dicho á usted que es la mujer más hermosa del mundo.

— Ruego á usted que no venga á mi lado. A mí solo me acompaña mi marido.

— ¡Otra vez el marido, el señor mayor! Yo no les tengo miedo.

— Si es usted caballero, como aun quiero creer, respete usted, como es su obligación, á una señora.

—No solo me infunde usted respeto, sino adoración. ¿Dónde vive usted?

—¡Jesús! ¡qué hombres! No se canse usted...

—No señora, no me canso, aunque vaya usted muy lejos.

Y Purita delante y el seductor detrás, salieron á la Carrera de San Jerónimo.

—Yo recuerdo á este hombre,—iba pensando Purita,—recuerdo haberle visto en alguna parte, quizá en aquellas reuniones de la Condesa del Azogue, donde había siempre tanta gente. Este es uno de esos fátuos presumidos que creen que las mujeres nos enamoramos en seguida de su bella figura, ¡qué majadero!

—Estas mujeres,—se dice el galán—estas mujeres que le llaman á uno insolente, atrevido, mal educado, son encantadoras. Así, así me gustan. La victoria es más gloriosa. La conquista de esta mujer no la abandono yo por nada del mundo. Aunque me cueste un lance con el marido. ¡Calle! ¡otra vez entra en una tienda! ¡Ah! es la librería.

En efecto, Purita, que al pasar había visto en el muestrario de la librería unos libros de figuras iluminadas, había entrado á comprar para su hijo uno de aquellos libros de cuentos infantiles con gran copia de láminas de gigantes, hadas, enanos, elefantes, caballos y pájaros de primorosos colores, que le volverían loco de contento.

III

El caballero quedó delante de la librería. Allí esperaba que saliese la dama. Y se puso en frente de la puerta, para que cuando ella saliera viese bien que estaba decidido á continuar escoltándola.

Por delante del galán, pasó una muchacha graciosa, modesta, que debía ser modista ó cosa así, y detrás, muy cerca, un caballero á quien aquél detuvo, diciéndole:

— ¡Cosme!

Cosme miró, y exclamó:

— ¡Fernando! ¿Tú aquí? ¿Cuándo has venido?

— Anteayer.

— ¡Cuánto me alegro! ¿Qué haces aquí?

— Nada, flanear.

— Pues yo iba detrás de aquella chica... Mira, mira como vuelve la cabeza... Pero otro día proseguiré la conquista. La he encontrado ya dos ó tres veces en el mismo sitio, y la volveré á encontrar. Prefiero que hablemos un rato.

— Pues por mí, no vayas á dejar tu aventura...

— ¡No faltaba más! Tenía muchos deseos de verte. Me has de contar tu vida en estos siete años, y yo te contaré la mía.

— Bueno, otro día. Vente á almorzar conmigo mañana al Hotel de la Paz, donde estoy.

— Bien, pero ahora no te deajo.

— ¿Y la conquista?

— No me corre prisa, hombre. Hoy te vienes á almorzar á casa. Te presentaré á mi...

Y diciendo esto, vió Cosme salir de la librería á Purita, que traía en la mano el libro infantil maravilloso.

— ¡Qué casualidad! Aquí tienes á mi mujer,
— dijo á Fernando.

— ¡Ah! ¿Esta señora es?...

— Sí, hombre, sí; mira Purita, éste es mi mejor amigo, Fernando, de quien tanto te he hablado, que ha estado en Londres siete años, y por eso no pudo ser testigo de nuestra boda.

Purita inclinó levemente la cabeza. Fernando se quitó el sombrero, saludó con una reverencia á la dama y alargó su mano, encontrando la que, con repugnancia, le dió Purita.

— Quiero, — dijo Cosme — que seáis amigos, Purita, desde que se casó, chico, ha abandonado sus amistades, sobre todo desde que nació Federiquín. Ya verás que niño tan mono. Tiene cuatro años y sabe más que un catedrático. Pero tú eres mi amigo de toda la vida y vendrás á casa todos los días, lo mismo que antes, y comerás siempre con nosotros, y por las noches no faltarás á nuestro palco. Con que, vamos allá. ¡Ah! Purita, hoy almuerza Fernando con nosotros. Le he convidado, contando con tu beneplácito.

—¡Oh! lo que tú mandes, Cosme; pero este caballero acaso tendrá que hacer.

—Señora,—dijo Fernando—lo que me había propuesto hacer hoy, ya lo he hecho, sólo quería averiguar donde vive una persona...

—¡Hola! Una persona, ¿de qué sexo?—preguntó con cierta malicia Cosme,—porque éste has de saber, Purita, que antes era y ahora seguirá siendo un conquistador terrible. En nuestro tiempo no respetaba casada ni doncella...

No pudieron hablar mucho desde la librería á la casa de Cosme, porque éste vivía muy cerca, en una de las calles inmediatas.

—Señora,—dijo Fernando—usted me permitirá que vaya á ponerme decente. Este traje...

—Como usted guste,—dijo secamente Purita.

—No, no, ¿qué necesidad hay de eso?—se apresuró á decir Cosme.—Estás perfectamente; tú eres de casa, como si fueras de la familia. No lo permito.

Y subieron á la habitación. Ya era la hora del almuerzo y todo estaba dispuesto.

Cosme hizo entrar á Fernando en un gabinete y salió un momento para decir á su mujer, que había ido á quitarse la mantilla y á ver al niño:

—Mujer, parece que te contraría que almuerce con nosotros mi amigo. Hazme el favor de estar más amable. Es un buen chico, y ya verás como te gusta cuando le trates.

Durante la primera parte del almuerzo, Purita no varió de actitud.

Su marido y el convidado hablaban y ella callaba.

—Pero, mujer,—le dijo Cosme—¿qué tienes? ¿traes alguna mala impresión?... ¿Dónde has estado?

—Sí, en efecto, muy mala impresión,—contestó.—He estado en la librería de Fé á comprar un libro de estampas para el niño, y allí había una señora que no se atrevía á salir, porque, no se desde donde, la venía siguiendo un atrevido...

—¡Canario! ¿Y por eso se afligía?...—preguntó Cosme, riéndose.

—Sí, se afligía, porque es una señora casada, muy conocida en Madrid, casada con un marido celoso...

—¡Hombre! ¡Un marido celoso! ¡Qué ridículo!

—Y decía la mujer,—prosiguió Purita:—«Ese hombre se empeña en hablarme, en seguirme, en venir á mi lado, como si yo lo permitiera, y tiemblo que mi marido pueda sorprenderle junto á mí, porque sería capaz de matarle en el acto, y creería, sin duda, que yo era culpable.»

—¡Caracoles qué marido!—dijo Cosme, poniendo Burdeos en la copa de Fernando.

—¿Tú no harías eso?...—preguntó descaradamente Fernando á Cosme.

—¿Matar al que acompañara á mi mujer?...

¡Bonita es ésta para permitir que la acompañe un desconocido!

—Aquella señora,—continuó Purita—se lamenta de no poder salir de casa sin que la persiga ese necio.

—¿Con qué es un necio?

—Un necio ó un miserable es, ciertamente, el que persigue á una mujer sabiendo que es casada; un necio que se cree tan irresistible que ha de lograr vencer la virtud de una esposa, de una madre, ó un miserable que desea comprometer la reputación de una mujer, cosa facilísima aquí, donde toda malicia es cosa corriente, y donde basta eso, basta que un miserable se acerque en la calle á una mujer casada, y se le vea un momento á su lado, para que desde luego se haga jirones la honra de la pobre y se le ponga al marido...

—En el martirologio,—añadió estúpidamente Cosme.

—Es una diversión, por vida mía,—continuó Purita—digna de hombres sin conciencia y sin decoro.

Fernando miraba fijamente á Purita.

—Señora,—dijo—es usted demasiado severa con nosotros, porque yo confieso á usted que á veces he caído en ese pecado también, y no me disculpo; pero ¿qué me dirá usted de los hombres casados que son dueños de mujeres de espléndida hermosura y singular virtud, y sin

embargo se van detrás de la primera modistilla que encuentran en la calle?...

Cosme se puso lívido.

Purita miraba á su marido, y vió en el rostro de éste la extraña mudanza.

—¿No cree usted que hay maridos así?...— preguntó Fernando á Purita, que tenía fijos los ojos en su marido.

—¡Oh! sí, señor, lo creo,—respondió Purita, severa y digna.—Hay en el mundo de todo lo bueno y de todo lo malo; pero un marido no deshonra á su mujer y á sus hijos por buscar relaciones ilícitas. Solamente se hace digno del desprecio de su mujer.

—¿Nada más?

—Nada más, caballero,—contestó gravemente la hermosa mujer de Cosme, que cada vez estaba más turbado queriendo aparecer tranquilo, y que al oír las últimas frases de su digna esposa se había puesto encendido como un muchacho sorprendido *in fraganti*.

Purita se levantó de la mesa, al aparecer en la puerta del comedor la doncella con Federiquín en los brazos, que extendía los suyos hacia su amante madre.

—Dejo á ustedes,—dijo á Fernando y á su marido—que tomen el café y hablen de sus asuntos libremente.

Y tomando de los brazos de la doncella á su hermoso niño, añadió:

—Vea usted, caballero, vea usted cual es el talismán de las madres contra los seductores irresistibles,—y apoyó la frase—y contra los malos maridos.

Y saludando gravemente á Fernando, salió del comedor, abrumando á su marido con una mirada de profundo compasivo desdén.

Y murmuraba la hermosa dama: «¡qué hombres!»

—¡ Hombre, me has perdido!—dijo Cosme á Fernando,—mi mujer ha conocido que yo me distraigo por ahí; ¡ qué diablos de conversación! Siento haberte encontrado, chico.

—Yo no lo siento, amigo Cosme, porque gracias á este encuentro contigo, he conocido una mujer dignísima y respetable que tú no mereces, con franqueza te lo digo. Si ella fuera otra, estabas verdaderamente perdido; serías uno de tantos maridos... infelices. Gracias á tu mujer, no serás uno de esos maridos; pero, francamente, merecías serlo. Adiós, volveré á verte, y sobre todo, volveré, porque deseo persuadir á tu mujer de que soy más digno de su estimación que lo que se ha figurado hoy cuando la he seguido y la he acompañado, contra su voluntad, desde la iglesia de San Ignacio hasta la librería de Fé, donde la esperaba cuando tú ibas tan ciego detrás de aquélla... que volvía la cabeza.

—¡ Ah, pillito! ¿ Con que tú?...

—Sí, yo; y te confieso que me interesaba profundamente tu mujer.

—¡Ah, tunante!

—¿No conociste que deseaba quedar solo y que continuaras detrás de tu fácil conquista?...

—Pues, hijo, mi mujer que estaba furiosa sólo contra tí, ahora lo está contra mí también.

—Tú tienes la culpa, por haberte empeñado en traerme á tu casa.

—¡Como el Hombre de mundo! ¡Horror!



· COMO EN FAMILIA



CADA vez que veo en los periódicos el anuncio: *Se desea un caballero que quiera vivir como en familia, etc., etc.*, no puedo menos de recordar lo que me sucedió hace ya muchos años, cuando vivía entregado á patronas de huéspedes.

¿Quieren ustedes que se lo cuente? Pues allá vá.

Vivía en casa de doña Bruna, una patrona de caballería,—como viuda que era de un subteniente de carabineros de caballería,—pero éramos tantos huéspedes en la casa, y yo ocupaba un cuarto tan oscuro, tan lúgubre, que allí no había tranquilidad, ni silencio, ni claridad para escribir el drama trascendental que tenía en el magín, un drama que debía hacer furor, como que resolvía el problema, ¡bonito problema! del adulterio por la manera más sencilla del mundo. El marido mataba á la adúltera; al adúltero, porque también era casado el cómplice de la

adúltera, le mataba su mujer, y á ésta y al marido de aquélla los mataba un rayo. Me parece que el problema quedaba enteramente resuelto. Pero, ya lo he dicho, para escribir este drama necesitaba yo silencio, buena habitación, con sol y alegría, y estar tranquilo, sin cuidados, sin contrariedades, bien comido, en una casa, en fin, donde me tratasen como si fuera de la familia.

Ví un anuncio en un periódico, y fuíme á enterar. La casa me encantó, el cuarto era muy bonito. La patrona era una mujer de unos cuarenta y cuatro años, fresca todavía, como que estábamos en Enero, con una hija más fresca aún, llamada Aurora, de unos veinticuatro años, graciosa, modosa, muy agradable. No vacilé. Por casualidad, tenía yo en aquella época dos mil reales y pico, poco menos que Manzanedo, y tanto me gustaron la casa y *mi familia*, que me comprometí á pagar mi durito diario, y á fin de estar sin cuidados durante tres meses, que sería el tiempo preciso para escribir mi drama *problemático*, largué á doña Rita, que así se llamaba la madre de Aurora, noventa duros, como noventa soles, en pago adelantado de los primeros noventa días de ventura y reposo. Este rasgo enterneció á doña Rita y á su hija, que me pusieron el gabinetito que daba gusto verlo, y me consideré feliz, porque en una estancia tan bonita me hallaría tan ricamente que, no digo yo aquel drama adulterino que traía entre manos, sino

más dramas y comedias que escribió el mismo Lope escribiría yo, y ganaría un dineral y la gloria correspondiente.

La comida del primer día fué magnífica; más tarde supe que la trajeron de la fonda de Lhardy. Nunca me he acostado tan venturoso como la primera noche que pasé en casa de doña Rita. Había escrito el plan del primer acto de mi drama, y empezado la primera escena en la que la adúltera decía al adúltero que le parecía que el marido andaba algo escamado; y la obra me salía muy bien, las redondillas eran de esas que salen *redondas*, y se las aprenden de memoria las niñeras que van al teatro por la tarde los domingos. ¡Qué cama tan blanda! ¡y qué sábanas tan limpias! ¡qué edredón! ¡qué almohadas!... Resueltamente la casa de doña Rita era una sucursal de la gloria.

El segundo día, el almuerzo ya no fué tan bueno como la comida del día anterior. No le trajeron de Lhardy. Pero no tenía nada de particular que el almuerzo no fuera tan bueno, porque doña Rita no estaba para nada aquel día. A la hora de almorzar, la ví llorosa, y tenía la cara un poco amoratada. Creí que le dolerían las muelas, pero no le dolían. Cuando hube acabado de almorzar unos riñones más duros que la pata de Perico, me dijo doña Rita:—«Perdone usted, pero hoy es un día para mí muy triste, porque hace años que murió mi marido... y por

otra cosa. Luego le contaré á usted... porque es para una un consuelo desahogarse.

Con gran curiosidad esperé las revelaciones de aquella señora, y, Dios me perdone, hasta llegué á imaginar si habría sido en sus buenos tiempos un ejemplar parecido al de la adúltera de mi drama. Esto me hubiera convenido mucho para ciertos detalles.

Cuando empezaba á seguir las redondillas de la escena primera, haciendo decir al adúltero tales ternezas que, oyéndolas habían de llorar á lágrima viva todos los espectadores, entró doña Rita en mi gabinete, aprovechando, según me dijo, un momento en que la inocente Aurora estaba en casa de una vecina, cortando una túnica. Y me contó su historia.

Había estado casada primero con un comerciante que *hizo quiebra*, y de quien era hija Aurora, y después con un empleado que murió á los cuarenta años de servicio al Estado, y le había dejado una viudedad de doce duros y medio al mes, una friolera, pero ya tenía para ayuda de pagar la casa; el difunto tenía un primo que siempre le quiso muchísimo, y doña Rita, cuando murió su marido, no tuvo otra persona que la consolase en tan grande aflicción, porque eso sí, entonces el primo se portó muy bien; él hizo las diligencias para enterrar al muerto, él veló el cadáver, él le acompañó al camposanto, presidiendo el duelo; él trajo

luego á la afligida viuda la llave de la caja, y él, en fin, no paró hasta que le sacó la viudedad... Como el primo iba mucho á la casa, la vecindad empezó á murmurar, y ella tuvo que decir al primo que no viniera á verla, lo cual fué como haberle dado una puñalada, porque en aquel punto el hombre se volvió loco, y poniéndose de rodillas dijo á doña Rita que le matase pero no le exigiese el sacrificio de no verla. ¿Qué no diría el primo en aquella ocasión que doña Rita y él convinieron en casarse? pero en secreto, para no perder doña Rita la viudedad; que esta pérdida le importaba casi más que la de la viudez. No vivirían juntos, y la vecindad no dejaría de murmurar, pero, ¿qué les importaba si su conciencia estaba tranquila?... Casáronse en un pueblo próximo, habiendo dado todos los pasos necesarios el primo, que en esto de dar pasos era extremado, y además trapisondista y enredador de suyo, y desde que se casaron varió notablemente el tal primo, descubriendo habilidades hasta entonces ignoradas de doña Rita. Era jugador empedernido, bebedor insaciable, holgazán de nacimiento. A las tantas de la noche venía á casa de doña Rita, cuando ya dormía la incauta Aurora, y la triste esposa había de sufrir el desabrido humor del vicioso, que le exigía dinero, la escarnecía, la maltrataba...

La pobre señora rompió á llorar y casi se



echó en mis brazos, conmoviéndome profundamente, porque yo he sido siempre muy tierno, aunque no lo haya parecido. Y tuvo que interrumpir su narración, porque Aurora volvía de casa de la vecina, y al entrar, el cartero le había dado una carta del interior para mí, que me entregó aquella Ofelia de imitación.

Dejéronme solo y abrí la carta, creyendo buenamente que sería de algún editor que me pedía un tomo de versos y me ofrecía por él quinientos duros ó más. La carta era muy lacónica. No decía más que lo siguiente:

«Ojo, amiguito, que estás muy en peligro de que te rompa un alón tu affmo. s. s. q. b. t. m.—P. P.»

Figúrense ustedes cómo quedaría yo en vista de tan grosera amenaza. ¿Quién sería aquel afectísimo seguro servidor que me quería romper un alón?... ¿Sería el marido secreto de mi patrona?...

Confieso que tuve mal día; estuve preocupado, inquieto, y no me ocurrió una mala redondilla que añadir á las del par de adúlteros de mi drama.

Salí á la calle, y, ¿querrán ustedes creer que iba así como receloso de que P. P. viniera por detrás y cumpliera su amenaza de romperme el alón?... Por fortuna, volví á casa con el alón sin novedad.

—Diga usted,—pregunté á la patrona,—¿el señor ese se llama P.?

—No, señor,—me dijo,—se llama Benito Marrajo.

El tercer día recibí otra cartita del interior.

«No puedo consentir,—decía P. P.,—que viva usted donde vive ella. O se muda usted ó le pego un tiro. Y se mudará usted porque, por la pinta, no me parece usted hombre que espere que le peguen, pudiéndolo evitar.—P. P.»

Mudarme no era fácil. Únicamente podía mudarme de camisa. La insolente cartita me ofendió mucho. P. P. suponía que yo era un gallina. ¡Dudar de mi valor!... de una cualidad que yo, con franqueza, no tenía muy sobresaliente, era una injuria enorme. No pensé en mudarme, y claro, porque no podía, puesto que había dado el importe adelantado de tres meses, y, ¿con qué cara le pedía la devolución á la patrona, á aquella afligida esposa, á aquella inocente víctima y defraudadora de la Real Hacienda?... Lo que hice fué comprarme un bastón con un puño de hierro que pesaba diez kilos. Si P. P. me acometía, y yo le podía dar con el puño del bastón en la cabeza, ya tenía bastante. Lo difícil sería darle.

No había trabajado en todo el día, y resolví aprovechar la noche. Tomé café para no dormir, y me puse á escribir, proponiéndome acabar la escena de los adúlteros y hacer entrar al marido, un gran tipo, un general lleno de heridas en la cabeza.

Serían las dos de la madrugada cuando oí rechinar una puerta, y luego otra, y después pasos muy cerca del gabinete, y quedé inmóvil con la pluma en la mano, y mirando fijamente á la puerta de la habitación que comunicaba con la sala. De buena gana hubiera ido á echar la llave, y á coger el bastón de los diez kilos. Luego hubo silencio, y me figuré que aquel rechinar de puertas habría sido producido por el viento. Volví al drama, pero en media hora no pude escribir el primer verso del herido general. No me ocurría más que alguna vulgaridad, como, por ejemplo:—*¡Hola! ¡Solitos los dos! ó ¿Qué estoy viendo? ¡Aquí los dos! ó ¡Pues, señor, estamos frescos!*—exclamaciones todas impropias de un general lleno de heridas. Nada, no pude escribir una línea, y resolví acostarme. Fuíme á la alcoba, y después de poner muy quedito dos sillas delante de la puerta del gabinete, me acosté y apagué la luz. Pero tampoco podía dormir. El café me había desvelado completamente.

Pensando estaba yo en el general, en los adúlteros y en el que me enviaba las cartas por el correo interior, cuando de pronto oí hablar. No había duda, hablaban en la habitación de doña Rita, que era la inmediata á mi alcoba, Me incorporé, pegué el oído á la pared, y oí este diálogo:

- ¡Calla, hombre, no me comprometas!
- Mira que los necesito.

—No puedo darte más que quince.

—Necesito treinta.

—¡Jesús! Vas á quitarme la vida.

—Pide dinero al huésped.

—Ya me ha dado el mes, y si te doy los treinta duros, ¿con qué le doy de comer?

—Que coma rejonos de dos filos.

—Habla bajo, por Dios, que puede oírte.

Calló aquel pedazo de bárbaro, y poco después oí unos ronquidos estrepitosos. La fiera dormía.

Ya había oído las noches anteriores, á altas horas, ronquidos de aquel calibre, pero había creído que era la patrona la que roncaba de una manera tan alarmante.

La influencia del café en mi sistema nervioso y la indignación que sentía, habiendo oído hablar al marido misterioso, me tuvieron despierto durante la noche, y apenas amaneció ya estaba en pie paseándome por mi gabinete, pensando en pedir explicaciones á doña Rita y que me devolviera mi dinero para mudarme á otra casa. Diría que me habían dado un destino con residencia fuera de Madrid, ó que me llamaba mi tío desde Málaga, ó le daría otra disculpa decorosa para no afligir más á la viuda reenganchada.

Pero el hombre propone y la patrona dispone; doña Rita, como ya era yo su paño de lágrimas, según me dijo, vino aquel día mismo, en que pensaba despedirme de ella, vino á pedir mi

dictamen sobre la resolución que había tomado de no abrir á su marido.

—En canal,—le dije—deberá usted abrirle. Esta noche le he oído, y si no hubiera sido por el temor de armar un escándalo... pero he pensado que no puedo seguir en casa de usted, y hoy mismo me mudo.

Habían ustedes de haber visto á aquella mujer. Como herida de un rayo cayó en una silla, y la silla, aunque no conmovida como doña Rita, también cayó, porque tenía una pata rota, y con el peso del cuerpo de aquella pecadora acabó de hacerse pedazos. Tuve que levantar á doña Rita, que parecía un fardo propiamente, y hube de sostenerla en mis brazos hasta que vino su hija, y entre los dos la llevamos á una marquesita donde la sentamos con mucho cuidado, no tanto por ella como por la marquesita, que también tenía las patas muy poco seguras. Algún tiempo estuvo la viuda-casada inmóvil, como cataléptica, pero de pronto, estando yo inclinado contemplándola con temor de que hubiese fenecido, me arrimó tal cachete que poco faltó para derribarme, y comenzó acto seguido á sacudir los brazos y las piernas por tan violento modo que yo creí que en aquel punto se iba á desencuadernar toda la pobre mujer...

Su hija y yo sabemos lo que nos costó sujetarla y calmarla, pero al fin lo conseguimos, y doña Rita cayó en una postración que le duró

todo el santo día. ¿Cómo, en aquella situación, le pedía el dinero que le había adelantado? Y no sólo no se lo pedí sino que tuve que irme á almorzar, y por la tarde á comer, á la fonda de los Leones, porque ni ella ni su hija estuvieron para ocuparse en cosa alguna.

Aquella noche no vino el ogro, es decir, el marido misterioso, porque, según supe después, tenía la buena costumbre de no venir cuando no le faltaba dinero, y el día anterior había sacado á la desventurada consorte veinte duros de los míos, así se le hubiesen vuelto, y Dios me perdone, veinte demonios.

Pasaron algunos días más, y habiendo tenido una explicación con doña Rita, en que adquirí la convicción de que una de las cosas imposibles en este mundo, y aun en el otro, era que mi patrona me devolviese mi dinero, no tuve más remedio que resignarme á vivir *como en familia* los tres meses.

Y á todo esto, mi drama no progresaba tanto como me había propuesto. Comencé la segunda escena, hice entrar al marido como Dios me dió á entender, pero la dificultad estaba en hacerle salir, porque es claro, no era natural que saliese de escena el amante dejando á la mujer expuesta á las iras del esposo, ni tampoco podía salir la mujer, porque en quedando solos el marido y el amante se comerían recíprocamente, y el marido, ¿cómo había de marcharse dejando

allí solitos, mano á mano, á la mujer y al amigo, de quien ya estaba muy receloso?... No había más remedio que traer á escena un nuevo personaje, y en estas graves dificultades estaba yo grandemente preocupado, y á lo mejor me distraían las amargas quejas de la patrona, y las confidencias de su hija Aurora, á quien había inspirado tanta confianza que no tuvo inconveniente en hacerme depositario de los secretos de su corazón, que á la sazón hallábase en un gran aprieto, pues lo mismo latía ante la presencia de un dependiente de la farmacia de en frente, que cuando pasaba por la calle, á caballo, cierto teniente de húsares, que le escribía unas cartas terribles, prometiéndole matarla y matarse, si pronto no consentía en casarse con él en secreto...

Pocos días podía dedicarme tranquilamente á mi drama. Un día, cuando empezaba á trabajar, acudía á mí doña Rita para que despidiera á un acreedor importuno que levantaba la voz, y le decía frases groseras, suponiendo que tenía que habérselas con mujeres solas; otra vez hacía-me ir en su compañía al juzgado, como hombre bueno, por haber sido citada por un impaciente proveedor de comestibles; y, por fin, un día, cuando iba casi acostumbrándome á esta agradable vida de familia, al volver á casa á la hora de comer, me encontré con que en mi alcoba no había cama y en mi gabinete no estaba la

mesa en que escribía... No sé cómo no caí muerto en aquel punto. ¡En el cajón de la mesa tenía guardadas las cuartillas del drama!

—¡Señora! ¿Y la mesa? ¿Dónde está la mesa? —grité. Y se me presentó doña Rita, llorosa, como siempre, y me dijo que la mesa y la cama las tenía de alquiler, como otros muebles, y el mueblista, porque no le había podido pagar, vino al medio día y se las llevó. ¡Horror!

Corrí á casa del mueblista, y le exigí que me entregase la mesa *incontinenti*. La mesa la había alquilado á un militar que ponía casa en Leganés, y ya se la habían llevado. A aquella hora no había medio de ir á Leganés, pero la mañana siguiente, á las diez, entraba mi humanidad en Leganés, y preguntaba á todo el mundo por D. Fermín Baqueta, comandante, que había alquilado una mesa. Al fin hallé la casa; no había nadie, pero estaba á la puerta el asistente, que me dijo que el comandante y otro jefe, que vivía con él, se habían ido tempranito á Madrid, llevándose la llave de la casa, y que el comandante había dicho que iba á pedir la de la mesa al mueblista.

—Diga usted á su amo,—dije al soldado,— que la llave la tengo yo, y que ¡ay de él si abre el cajón! Mañana volveré.

Volví, en efecto, el día siguiente, y allí estaba el militar con otros compañeros suyos. Sin duda el asistente había repetido mis palabras á su

amo, y éste y los demás me esperaban con curiosidad.

Recibiéronme con mucha cortesía, y habiendo dicho al comandante que deseaba recoger del cajón las escenas de un drama, miráronme todos, y noté que á duras penas contenían la risa. Abrí el cajón, y ¡oh desconsuelo! allí no había cuartillas, allí no había nada; saqué fuera el cajón, y entonces advertí que la tabla posterior era muy corta, y dejaba, colocado el cajón, un hueco por donde, sin duda, se habían caído las cuartillas al trasladar la mesa de casa de *mi familia* á la del mueblista ó á Leganés.

Volví á aquella funesta casa de doña Rita en un estado de abatimiento y con una calentura y un peso en la cabeza que sólo se siente cuando se está muy malo. Caí en el desvencijado catre con que doña Rita había sustituido la cama alquilada, y quince días estuve enfermo, con un amago de ataque cerebral, de que me salvó mi juventud. Eso sí, doña Rita no se separaba de mí más que cuando venían los acreedores, ó cuando iba á discutir con su hija, que ya había averiguado el casamiento morgánico de su madre, y estaba furiosa, ó cuando venía el bárbaro del marido, amenazando siempre con que había de prender fuego á la casa, y yo oía con espanto esta amenaza desde el lecho del dolor, temiendo verme envuelto en llamas á lo mejor...

La pobre doña Rita pasaba una vida penosísima, y el día que ya pude levantarme asistí á una escena muy triste. El juzgado vino á embargar los bienes de doña Rita y á tomarle declaración, porque habíase descubierto que, estando casada, había seguido siendo viuda á los ojos de la pagaduría de clases pasivas, y á mí también me hizo declarar, y el señor juez, al verme tan alicaído, pensó que yo era el cómplice, el marido, y empezó á increparme en los más severos términos...

—El señor, —dijo, llorando y gimiendo, la defraudadora de la Hacienda —es como de la familia, pero nada más.

—¿Y usted sabía, —me preguntó su señoría— que esta señora se había vuelto á casar?...

Y ella me miraba suplicante.

—No, señor, —dije aturdido al juez— esta señora es soltera.

Creí que el juez me pegaba al oír esta contestación. Me amenazó con formarme causa por desacato á la autoridad, y tuve que pedirle mil perdones y ampliar mi declaración diciendo que no había visto á doña Rita casarse con su primer marido, ni con el segundo ni á éste morir, ni á aquélla casarse con el tercero. Pero, ¿ustedes creen que acabó aquí el lance? No, que tres años después todavía me llamaban á declarar.

Todas las desdichas cayeron sobre aquella mujer. El día siguiente al del embargo, se pre-

sentó un tipo inverosímil, asistido también judicialmente, á sacar de la casa, para constituir-la en depósito, á la bella Aurora. Era el incipiente farmacéutico vecino, un mozo, chiquitín, negrucho, ojos saltones, voz de marica, á quien doña Rita no podía ver ni pintado, y por esto se oponía á que casase con su hija.

Cuando, después de una violenta escena de quejas y reproches terribles entre la madre y la hija, ésta salía de la casa para ir á la de unas vecinas que se habían prestado á guardar la niña, el novio se encaró conmigo, y me dijo:

—¡Ya vé usted que me la llevo! ¿Cree usted que no conocía las intenciones con que vino usted á esta casa?... ¡Yo soy P. P.!

Al oír que aquel mozo era el autor de los anónimos amenazadores, me olvidé de todas las conveniencias, y no teniendo cosa más dura á mano, me quité una zapatilla y se la tiré á la cabeza. Dió un salto como un gato, quiso arrojar-se sobre mí, pero doña Rita, que tampoco podía contener la ira, le detuvo, y le dió tales bofetones, tan seguidos y tan bien sentados, que el monigote sólo cuidó de escurrirse para que no le dejara sin muelas y sin ojos su futura suegra.

Quedamos solos doña Rita y yo.

Ella tuvo conatos de arrojarse en mis brazos, pero yo dí tres pasos atrás, y le dije:

—¡Doña Rita, hasta aquí llegamos!

—No me abandone usted, por Dios. ¡Ya no tengo familia!

—Ni yo tampoco, señora, —le contesté— porque voy á buscar una casa de huéspedes donde no me traten como de la familia sino como un extraño, como un sér á quien no se tiene la menor simpatía, la más leve afición. En los dos meses escasos que he estado en casa de usted, he perdido el dinero, la paciencia, la salud, el tiempo, aquel drama, aquel drama, que era toda mi ilusión, y por último, ahora pierdo la familia con que usted brindó al público en su anuncio en el periódico.

La verdad es que si hubiese concluído el drama adulterino, tal como le había empezado, habría perdido más, porque el público acaso me hubiera matado la primera noche. ¡Aquello era atroz!

¿Y qué fué de doña Rita?—puede que pregunte algún lector.

Pues supe que la pobre, después de habersele seguido una causa interminable, de haber estado presa, y luego en libertad bajo fianza, que le prestó una persona caritativa, reintegró al Tesoro, y devolvió la fianza, porque al monigote casado con su hija le cayó un buen premio en la lotería, y Aurora le obligó á salvar á su madre. De esta suerte redimió la falta que cometió abandonándola en momentos tan amargos.

¿Y el bruto del marido tercero de doña Rita?

Una noche, en una casa de juego, quiso levantar un muerto, y él fué el muerto, porque otro bárbaro le disparó un tiro. ¡Dios le haya perdonado!



LAS SEÑORITAS CURSIS



I

QUIÉN vive en el piso cuarto?... — pregunté á la portera cuando me trasladé al tercero de una casa en la calle de...

—Pues unas señoritas *cursis* — me contestó la portera — con su madre, que están *lampando* de hambre. Pero no tenga usted cuidado, que no dan ruido, ni tienen entrantes ni salientes.

No volví á acordarme de mis vecinas, las señoritas *cursis*, como decía la portera; mas un día encontré en la escalera una señora á quien había tenido ocasión de tratar años antes, viuda de un amigo que fué administrador honradísimo de cierto grande de España, el cual, teniendo muy embrollada y comprometida su hacienda, á aquel celoso é inteligente administrador debió el beneficio de conservar sus propiedades, satisfacer sus deudas, y quedar completamente desembarazado y libre de todo compromiso, al cabo de pocos años.

Las señoritas *cursis* eran, pues, las cuatro hijas de aquel hombre de bien, y yo, ausente de Madrid algunos años, ignoraba lo que había sido de su familia. Sentí, pues, viva satisfacción encontrando á la pobre viuda y sabiendo que tan cerca de mí se hallaban aquellos pedazos del corazón de uno de los hombres más buenos que he conocido.

Volví á frecuentar su casa, y tuve ocasión de persuadirme de que las señoritas á quienes llamaban *cursis* la portera, los demás vecinos, el tendero de la esquina, y las hijas del estirado y grave personaje político que vivía en la casa de enfrente y todo el día estaban al balcón como dos monas y se reían á carcajadas cuando aquellas salían con su madre, eran dignas del más profundo respeto y de la simpatía de toda persona bien nacida, y podían servir de ejemplo á muchas á quienes parece que no conviene el despreciativo dictado de *cursis*.

Me propuse, después de conocer aquel hogar, copiar el cuadro, y hoy realizo mi propósito, y ojalá me prestara su pluma incomparable, y yo supiera hacer uso de ella, mi insigne amigo Castro Serrano, bien que solo él mismo podría dar á estas figuras de la modesta familia el relieve y el hermoso color de la verdad.

Murió el jefe de la familia, y el grande de España, agradecido á sus excelentes servicios, concedió á la viuda una pensión de 1.500 pese-

tas anuales, y modesta y cómoda habitación gratuita en una de las casas de su propiedad. La religión dió á la viuda y las huérfanas resignación para sufrir la desventura de perder al esposo y padre adorado, y con los 25 duros cada mes vivieron tres años con la mayor economía, pero en esa calma apacible de la pobreza, que acaso es más envidiable que los esplendores del lujo en medio de continuos sobresaltos y temores, inacabables necesidades y penosas obsesiones. Pero á los tres años, su bienhechor falleció súbitamente, sin haber hecho disposición alguna testamentaria, y gran número de parientes expusieron su derecho á la herencia, que al fin los tribunales adjudicaron en justicia, dividiéndose entre muchos los bienes que el muerto había conservado, gracias á su habilísimo administrador.

Las cinco infelices mujeres, que hasta la repentina muerte del Marqués habían contado con lo absolutamente preciso para la subsistencia, se encontraron de pronto en la calle y desprovistas de todo recurso. Si el Marqués hubiese tenido mujer ó hijos, habríanse compadecido de ellas y seguido pagando la deuda de gratitud á la memoria del pobre hombre que había recobrado la fortuna de aquella casa; pero los herederos eran sobrinos codiciosos, á quienes no importaba otra cosa que recoger cada cual una parte de la hacienda del difunto.

II

Fué tan intensa la aflicción de la viuda al verse despedida de la casa en que habitaban, que hubieron de hacer sus hijas grandes esfuerzos para consolarla y darle aliento y esperanza en tan grande tribulación, persuadiéndola de que lo indispensable era pensar qué se haría, y pensarlo con calma y serenidad. Ella, buena cristiana, solía repetir este axioma vulgar:— «Dios aprieta, pero no ahoga»—y sus hijas se lo recordaban en aquella circunstancia y nunca más oportunamente, porque las cinco se hallaban en la más grave apretura en que puede verse familia alguna. Había que gastar dinero en tomar casa y hacer la mudanza, y este dinero no le había, porque habiendo muerto el Marqués el día último del mes, ya no se les abonó la correspondiente mesada, y de la recibida treinta días antes no quedaba más que para comer dos ó tres. No había más remedio que desprenderse de lo *superfluo*. Cada una de las hijas tenía su cama, y la viuda la de matrimonio. De ésta no se podía privar á la buena madre, que había sido amantísima esposa, y amaba aquel lecho en que la había acompañado tantos años un marido excelente; pero las cua-

tro hermanas dormirían muy ricamente en dos camas; por consiguiente, sobraban otras dos completas, con sus colchones, que eran muy buenos, hechos en vida del padre, y sus almohadones y sus colchas de crochet muy hermosas. Las dos camas valían, tiradas, lo menos 70 duros, y 70 duros eran casi tres meses de la pensión suprimida.

Lloró la madre, lloraron las hijas, pero no había remedio; la situación era fatal y forzosamente necesario dominarla. La hija mayor salió á buscar al mueblista de la esquina, que vino á ver las camas. El hombre conoció la necesidad que las mujeres tenían del dinero, y se propuso lograr el mejor partido. De los 70 duros que le pidieron rebajó 30 de un golpe, y adujo tantas razones para convencer á las vendedoras de que aquellas camas ya no podían tener buena salida, y de que los colchones habría que deshacerlos y la lana apenas se aprovecharía, que casi llegaron á persuadirse de que el astuto comerciante iba á hacer un negocio ruinoso. Hicieron, sin embargo, algunas objeciones á los argumentos en que el mueblista fundaba su oferta de los 40 duros, y el hombre, al fin, en presencia de la mal disimulada angustia de las cinco mujeres desventuradas, se corrió á ofrecer los 50, y «seguramente, dijo, no encontraré quien me los dé, y tendré camas para muchos años en el almacén.» Las mujeres se miraron conteniendo el

llanto, y el industrial contó sobre la mesa los 50 duros, y las camas quedaron por suyas. Y el día siguiente las cinco desdichadas salían de la casa y se trasladaban á la en que yo las encontré, donde por 4 reales habían tomado un cuarto piso con mucha luz, decente y alegre, si ellas hubieran podido alegrarse. Pagaron el mes adelantado y la fianza, pagaron la traslación del mobiliario, y todavía les quedaron 30 y tantos duros para toda su vida. No era mucho, pero antes de que se acabaran, suponían ellas que habrían hallado medio de ganar entre todas, trabajando, 4 pesetillas diarias, que era lo menos que conceptuaban indispensable para mantenerse, vestirse y calzarse cinco mujeres. Y podían ganarlas, ¡ya lo creo! Pilar, la mayor, que ya tenía treinta y tantos años, era una profesora de piano; Jacinta, la segunda, que había cumplido los veintiocho, era extremada en bordar y en otras primorosas labores; Lucía, la tercera, se hacía ella solita cada día, con la mayor destreza, media docena de pares de guantes, labor muy bonita y entretenida, y habiendo tantas guanterías en Madrid, no podía temer no hallar trabajo seguro. Con la cuarta de las hermanas, que tenía dieciocho años, se llamaba Gloria, y era la de la casa, no se contaba para trabajar. Gloria, niña tierna, dulce y delicada, cándida y bella como Ofelia, no podía ocuparse en ninguna labor manual, y

aunque ella hubiese querido, se habrían opuesto su madre y sus tres hermanas, dedicadas todas á cuidarla, mimarla, servirla y complacerla con la más diligente solicitud. Gloria tenía cuatro madres cariñosísimas, y era la verdadera reina de la casa, y ellas sus damas y camaristas. Habían convenido que Pilar y Lucía dormirían en una cama y Jacinta y Gloria en otra, pero no prevaleció este acuerdo. A Gloria era preciso no privarle de la ventaja de dormir sola en su cama, que era la que tenía mejores ropas, y se resolvió que Jacinta durmiera con la madre. Hacía tres años que sentía Gloria algo de opresión en el pecho y necesitaba más aire respirable que sus hermanas, y acaso se habría agravado aquel síntoma pasando las noches en una habitación pequeña en compañía de una de aquéllas.

Gloria, desde niña, se había acostumbrado de tal suerte á las preferencias y cuidados de sus padres y sus hermanas, que se dejaba querer, y aun siendo, como era, un ángel, habíase hecho un poquito egoistilla, y también tenía sus puntos y ribetes de vanidosa, lo que hacía mucha gracia á sus hermanas, que la adoraban. Por ella les dolía la escasez de recursos y la carencia de toda holgura y comodidad, lo elevado del piso en que se habían refugiado y la imposibilidad absoluta en que se hallaban de disimular, como lo habían logrado desde la muerte

de su padre hasta el día nefasto de la súbita y completa ruina, la miseria en que habían caído. Gloria no se había dado cuenta hasta entonces de la espantosa realidad de la situación. Para ella siempre hubo, en atención á su delicada naturaleza, manjares escogidos, que sus hermanas no probaban, porque teniendo buena salud, decían, no necesitaban regalarse; para ella había siempre la linda capota nueva, el primoroso encaje, las botitas elegantes, el vestido á la moda, porque ella, tan jovencita y tan bella, tan esbelta y graciosa, estaba bien que se adornara y vistiera como una señorita distinguida, como se había vestido desde niña, cuando el padre, con su trabajo, ganaba lo suficiente para atender con holgura á todas sus obligaciones de amantísimo jefe de familia. Dios sabe los sacrificios que la madre y las tres hermanas mayores hicieron para que la niña mimada, Gloria, no conociera la terrible mudanza que la suerte había obrado en aquel honrado hogar. Y luego, cuando vinieron días todavía más oscuros, cuando no encontraban el trabajo que habían creído tan fácil hallar, cuando ni para lo más indispensable tuvieron dinero, y hubo necesidad de empeñar ó vender alhajillas de escaso valor, hasta agotarlas, y prendas de vestir para ellas muy estimables, pero por las que les ofrecían cantidades insignificantes, entonces la madre y las tres hermanas no pudieron ya sostener aque-

lla ficción en que fundaban la salud y el reposo de la niña consentida, y hubo que empezar á despojarla de sus galas, como antes se habían deshecho también ellas de lo que más falta les hacía. Ella aun estaba vestida; la madre y las hermanas estaban poco menos que desnudas.

A un asilo benéfico hubieran ído todas, prefiriendo esta desventura á la vergüenza de mendigar, si Dios no hubiera acudido en su socorro, inspirando á una persona caritativa, ejecutor testamentario de un muerto piadoso, la idea de enviar á las heróicas mujeres 200 duros pertenecientes á un legado para pobres vergonzantes. Este auxilio fué la salvación de aquella familia sin ventura. Con el dinero recibido pagaron la casa por seis meses más, desempeñaron lo que no habían vendido, se vistieron modestísimamente las tres hermanas y la madre, y otra vez engalanaron á Gloria, que volvió á gozar todas las ventajas y preeminencias á que desde niña la habían acostumbrado. Ya podían buscar trabajo sin tan perentoria necesidad, y ahora que no estaban, como antes, en riesgo inmediato de perecer de hambre, lo encontraron, y las tres se empeñaron con firme voluntad en ganar siquiera lo preciso para la vida. Y era de ver el ardor con que trabajaban, la primorosa limpieza del modesto hogar, la dulcísima paz en que vivieron... Los domingos por la mañana salían á misa, y por la tarde iban á pasear, ligero

descanso de la fatiga de toda la semana, y se presentaban humilde, pero decentísimamente vestidas, excepto Gloria, que ostentaba cierto lujo, que, en puridad, al lado del modestísimo traje de sus hermanas, denunciaba más claramente la pobreza de la familia.

—Ahí van las señoritas *cursis*—decían las vecinas y la portera, viéndolas salir.

—¡Papá, papá, Pablito!—gritaban desde el balcón las hijas del personaje, llamando á su padre y á su hermano, para que salieran á ver las señoritas *cursis*.

III

Gloria estaba cada vez más bonita y más interesante con sus grandes ojos azules, sus finísimos cabellos rubios, su encantadora palidez y su elegante y delicado talle, y muchos fijaban en ella su atención; siempre que salía con su madre y sus hermanas había alguno que venía-se detrás deseoso de saber en qué pedazo de cielo vivía aquel ángel. Un médico había dicho á la viuda no se qué cuando ésta le consultó sobre la salud de Gloria, y la madre desde entonces había dado en el deseo de que Gloria se casara. Así, no veían con enojo la madre y las hermanas que hubiera quien fijase su atención en la niña mimada, bien que les preocupaba en

gran manera un pensamiento inseparable de su deseo de que Gloria alcanzase la felicidad por medio del matrimonio. Ellas querían que el marido de su hermana fuese el mejor de los hombres, un tipo ideal de bondad, de gallardía, de todas las buenas cualidades físicas y morales, joven, bizarro, enamorado, noble, digno, en fin, de la encantadora princesa que la madre y las hermanas consideraban adornada de todas las bellezas y de todas las virtudes. Pero ¿dónde encontrar este sér, conjunto de todas las perfecciones, y cómo, dado caso que existiese, llevarle á que se postrara á los pies de la niña y le ofreciera el corazón, la mano y todas las venturas de la tierra?

Espontáneamente se presentó un pretendiente, el hermano de aquellas hijas del personaje, que siempre estaban como unas monas al balcón, y que á los veinticuatro años ya tenía su destinito de 6.000 pesetas; que no en vano era su padre amigo de los ministros y demás figuras de primera fila de todos los partidos habidos y por haber. El joven funcionario público, elegante y hombre de mundo, á pesar de sus pocos años, escribió á Gloria cartas muy insinuantes, haciendo verdadero derroche del vocabulario de las hipérboles amorosas, con las que avivó los sentimientos de ternura que atesoraba el corazón virginal de la doncella de los cabellos de oro, y logró ser amado.

La viuda, y las hermanas de Gloria, aunque el novio no era ni con mucho el tipo ideal que habían imaginado para dueño de tan singular hermosura, convinieron en que no era un partido enteramente despreciable, dada la necesidad de atemperarse á las realidades de la vida, y pusieron buena cara al galán, á quien no le fué difícil acercarse á la hermosa. La llama del amor iluminó la cándida frente de Gloria, brillaron en sus ojos los resplandores de la pasión, á la enfermiza palidez de sus mejillas sucedió el sonrosado color de la salud y la ventura, y á la sonrisa melancólica de sus labios, la expansiva de la esperanza. Y su madre y sus hermanas, que también estaban enamoradas, enamoradas de Gloria, y con amor más puro que el del distinguido joven, sintieron por primera vez, después de largo tiempo de inacabables penas, ese regocijo infinito solamente sentido por los que han nacido para el amor desinteresado y la más pura abnegación, para sobrellevar valientemente el infortunio propio y gozarse en el bien ajeno. Pablito, que así se llamaba el joven, penetró al fin en aquel santuario de la virtud y la ternura, y allí pasaba largas horas, encantada la novia y contentas la madre y las hermanas, observando discretamente al que había logrado la felicidad de ser amado de Gloria, y queriendo persuadirse de que lo merecía. Pero el joven no estaba enteramente satisfecho. En sus visitas

á Gloria le era duro soportar las miradas de aquellos ocho ojos vigilantes, escrutadores, que parecían penetrar hasta lo más recóndito de su cerebro para descubrir todos sus pensamientos. Y no eran buenos. Por esto no quería que se los descubriesen.

Con vivas instancias, en billetes que todos los días entregaba á Gloria, á quien no podía decir de palabra lo que por escrito, pedíale hablar con ella á solas, le proponía atrevidos medios de verse sin testigos, le exigía pruebas de verdadero amor, y osaba expresar su desagrado por la desconfianza que demostraban la madre y las hermanas. Gloria se apenaba, y no comprendía bien qué pruebas eran las que exigía el enamorado, y afligía á la pobre la idea de que pusiera aquél en duda la sinceridad y la ternura que ella sentía rebosar en su corazón.

Pasaban los días, y el joven, que ya se iba explicando en sus cartas á Gloria con demasiada claridad, no se explicaba con la madre amorosísima, ganosa de la ventura de su hija, pero tan celosa de su decoro como ignorante de los usos y costumbres de los jóvenes de poca aprensión, desvergonzados corredores de aventuras, torpes burladores de mujeres incautas... Una tarde, el arriscado Pablo encontró solas á la madre y la hermana mayor; ésta, más elocuente que la madre, díjole con palabras muy corteses cuánto les honraba la preferencia con que dis-

tinguía á Gloria, y en nombre de la madre y de todas le suplicó expusiera lo que pensaba hacer, si su distinguida familia sabía ya sus amores, y si estaba conforme su padre con que Gloria fuera su esposa.

Pablito oyó las prudentes palabras de la hermana mayor, miró un momento la plácida fisonomía de la madre y la cándida sonrisa de Pilar, y soltó una ruidosa carcajada que Gloria oyó desde el aposento inmediato, y oyéndola, sintió la inocente enamorada un dolor muy agudo en el corazón virginal, al mismo tiempo que toda la sangre de sus venas invadió su cerebro...

El desfachatado joven, el vicioso y cínico aspirante á personaje político, dijo á las dos buenisimas mujeres frases que ellas no entendieron bien, pero que debían ser insolentes é impertinentes, y levantándose y cogiendo el sombrero salió de aquel honrado hogar, que nunca debió profanar con su presencia.

Gloria lo comprendió todo instintivamente. Sin que su madre y sus hermanas se lo dijeran, conoció que el atildado joven era un infame, que su propósito había sido únicamente añadir una más á la serie de sus conquistas... pero este horrible desengaño la hirió de muerte. Empezó la triste á languidecer, y cinco meses después, rodeada de su madre y sus hermanas, sonriendo como un ángel que vuelve al cielo después de penosa peregrinación en la tierra, voló á Dios

su alma pura, mientras las cuatro infelices mujeres que tanto la habían amado cubrían de besos y lágrimas sus fríos despojos.

Con estos despojos se enterró la ventura de la madre y las hermanas de Gloria, que desde entonces viven las pobres, tan dignas de mejor suerte, trabajando en la soledad, trabajando sólo para cumplir la obligación de conservar la vida hasta que Dios disponga de ella.

No han querido alejarse de la casa donde murió Gloria, porque en aquella casa, bajo aquel techo, palpitan aún los besos de la inocente mártir, sus risas angelicales, sus tiernos suspiros... y todo está lleno de sus recuerdos. Enfrente viven también Pablito, el miserable, y sus hermanas. Estas, y los amigos necios adúladores del torpe calavera, creen que la muerta fué su manceba. Y él les deja en su error. Esto le halaga. No quiso honrarse haciendo su esposa á la virtuosa doncella, y se goza en que se crea que la había deshonrado; infame y cobarde venganza de quien no tiene conciencia ni dignidad.

Todavía, cuando salen con la cabeza inclinada, el velo delante de los ojos, las tres hermanas con la anciana, que se apoya débil y vacilante en una de ellas, vistiendo todas el luto que ha de acompañarlas hasta la muerte, se ríen las hermanitas de Pablo y dicen:

— Ahí van las señoritas *cursis*, las que preten-

dían que su hermana menor, aquella tonta, se casara con Pablo, las que le quisieron atrapar.

Yo, cuando las veo, me descubro reverente ante la majestad de la desgracia inmerecida, la virtud y la fortaleza, que en ellas admiro, y que me inspiran tanto respeto como lástima y desprecio el burlador, que acaso aspira á ser legislador de la patria y á dirigir la opinión pública.



LA CALUMNIA



HACE algunos días recibí la agradable visita de cierto amigo mío, que fué mi condiscípulo en la Universidad, y terminada su carrera, tuvo la suerte de heredar de un tío, sin otros herederos, algunas fincas muy productivas en cierta provincia. Como la herencia le daba una regular renta, fué á establecer en la capital de la provincia, donde aquéllas están situadas, con el propósito de hallarse cerca de su hacienda y con el natural deseo de cuidarla y mejorarla todo lo posible para hacerla valer mucho más. Allí se enamoró de una linda joven, cuyos padres tenían propiedades en la proximidad de las suyas, y como esta circunstancia convenía también á los padres de la chica, y ésta era de perlas en lo físico y en lo moral, y á fuerza de decir á mi amigo las gentes, que no estaba bien que se mantuviera soltero, llegó á creer que, en efecto estaría mejor casán-

dose, fué y cogió y se casó con la muchacha, y bien puede dar gracias á Dios, porque no ha tenido todavía, ni ya es de creer que tenga motivos de arrepentirse. Cuando me escribió dándome parte de su efectuado enlace, causóme profunda tristeza la idea de que ya no volvería á verle, pues casado, con propiedades en la provincia, con hijos que tendría luégo, no era fácil que tornase en largo tiempo á Madrid. Me escribía estar muy bien hallado allí, desengañado de las pompas y vanidades de este mundo, y deseando vegetar tranquila y sosegadamente, sin aspiraciones de diputado, ni de senador, y dispuesto sólo á ser individuo de aquel ilustre Ayuntamiento, por no faltar á la obligación de sobrellevar la carga concejil, con lo cual estorbaría que en su lugar entrase acaso en el Municipio algún enredador de esos que en cuanto meten el cuevo en las Corporaciones populares, solo van á su negocio, y son capaces de sacrificar á sus convecinos, con tal de lograr ellos lo que les conviene personalmente.

Envié pues, á mi amigo mi más cordial enhorabuena por su matrimonio, y me dí el pésame, porque juzgaba que había de tardar ya largo tiempo en tener la satisfacción de darle un abrazo.

Durante quince años nos escribimos frecuentemente; pero vinieron tiempos de perturbación y mi pobre amigo, ocupado unas veces en con-

tribuir á sostener el orden, siempre amenazado en la capital donde vivía, y otras encerrado en alguna de sus fincas, acompañado de gente armada para rechazar una agresión, con que siempre se le estaba amenazando, dejó de escribirme, y yo hice lo propio también, ocupado en mis trabajos en la prensa, y preocupado con los mil y mil incidentes de la revuelta cosa pública. Vino la Restauración, por dicha, terminó la guerra, volvió á haber seguridad en el campo y en la ciudad, y mi amigo tornó á escribirme, llamándome notablemente la atención que en su primera larga carta me decía: «Estoy cansado ya de vivir aquí. El mejor día cojo á mi mujer y las chicas y me voy á Madrid.»

Mucho ha tardado en decidirse, pero al fin, hace pocos días como he dicho, se presentó en mi casa después de haber dejado en una fonda á su mujer, sus hijas y las criadas.

—Aquí me tienes—me dijo.

—Por poco tiempo, supongo.

—No hombre, no, voy á buscar casa, ó á comprar una, si la hallo barata. Vengo espantado, horrorizado.

—Pues ¿qué te pasa?

—No me pasa nada, y lo que me ha pasado en estos años pasados, no lo quiero ni mencionar, aunque me haya costado buena parte de mi fortuna. Por bien empleada la doy con haber salido con vida; pues allí hemos tenido car-

listas, republicanos, cantonales, y además de estos políticos, en cuyos procedimientos ya sabes que no hay muchos escrúpulos que digamos, nos hemos visto expuestos á ser víctimas del felicísimo ingenio de secuestradores y otros amigos de lo ajeno, y todos me han sacado los cuartos bonitamente, y mil gracias doy al Criador porque me han dejado todavía para vivir. Mas si he de decir verdad, no vengo ahora huyendo de cantonales, ni de malhechores, porque el restablecimiento de la monarquía legítima, ha venido á dar confianza á las gentes pacíficas, y ya no hay que temer los vandálicos hechos, tan frecuentes durante la prolongada interinidad en que hemos vivido.

— Pues entonces ¿de quién huyes, hombre de Dios? ¿Tienes suegra por ventura?

— Por desventura sería si la tuviera; pero no, la madre de mi mujer falleció á poco de nuestro casamiento.

— Acreedores no tendrás, seguramente.

— Y Dios me libre de ellos por los siglos de los siglos.

— Pues no entiendo cómo, acostumbrado ya á la vida de aquella ciudad, con bienes y notable arraigo en la provincia, con casa propia y todas las comodidades, en un país bello, saludable y pintoresco, querido y respetado por todos los que te conocen, vienes á meterte en este infierno de Madrid, donde no se respira en ve-

rano, y en invierno no se puede respirar sin peligro de pulmonía; donde la vida es tan cara; donde tú, con tu gran renta, no serás más que un caballero particular, en quien nadie fijará la atención; donde las esposas y las hijas se contagian del lujo, y cuesta un dineral vestir las; donde el palco, el coche y otras cien necesidades llevarán buena parte de tu renta, si no quieres vivir completamente oscurecido...

—Sí, sí, todo eso lo he pensado maduramente; pero yo no puedo vivir allí, porque no estoy tranquilo.

—¿Qué poderoso enemigo te acecha?...

—Un enemigo, el más vil y miserable, el más rastrero y cobarde, pero que con ser tan abominable, tan ruín, tan villano y despreciable, me causa el mayor de los espantos, y puede convertir mi casa en un infierno, mi vida en un incomparable tormento, si es que no acaba con ella. En una palabra, amigo mío, vengo huyendo de la calumnia.

—¿Cómo? ¿Qué me dices? ¿Quién ha osado hacerte objeto de la calumnia? Nadie lo creerá; todo el mundo sabe que eres honrado, que tu conducta pública y privada es intachable.

—No, hasta ahora nadie ha osado calumniarme; acaso no me ha llegado todavía el turno, pero cualquier día me calumniarían, ó lo que sería mucho más grave, calumniarían á mi mujer, á mis hijas... ¡Oh! Me espanta pensarlo. Yo

te contaré lo que ha pasado, y seguramente me darás la razón.

—En verdad te digo que excitas poderosamente mi curiosidad.

—Es una historia tristísima la que te voy á referir. Desde que yo la he sabido, teniendo ocasión de presenciar los estragos hechos por la calumnia en el honrado hogar de un querido amigo mío, modelo de hombres de bien y de padres de familia, no tenía en aquella ciudad un momento de reposo, preocupado siempre con la idea de que me pudiera suceder algo parecido, ni me atrevía á recibir gentes en mi casa, ni tampoco á llevar á mi mujer y á mis hijas á ninguna parte; recelaba de todo el mundo, de los vecinos, de los criados; vivía, en fin, en un estado de alarma insoportable, temiendo adivinar en las miradas, en las palabras, en la sonrisa, hasta en la actitud de las personas con quienes conversaba, algo de burla, de lástima, de ironía por donde pudiera llegar á sospechar que ya el infame oculto enemigo había hecho presa en mi honra ó en la honra de mi mujer y mis hijas, que es mi propia honra. ¿Vivirías tú tranquilo, dormirías sin cuidado en una habitación cerrada donde supieras que, oculta, existía una víbora que ya había emponzoñado y muerto á otros en el mismo sitio?... Pues así, con esa inquietud, con ese temor, con esa angustia vivía yo en mi querida ciudad, tan bella, tan alegre,

y donde hay tanta gente honrada y por todos conceptos digna de estimación, pero donde por desgracia se confunde entre la gente honrada alguna víbora, que es bastante para que no tenga hora segura la honra más acrisolada.

—¿Y siempre ha sucedido lo mismo en esa bella y alegre ciudad?

—No; siempre hubo, como en todas partes, lo que se llama chismes y cuentos de gente ociosa; como en todas partes, la envidia y el despecho fomentaban la murmuración; como sucede en todo pueblo, se quitaba, según se dice vulgarmente, el pellejo al prójimo; pero todo esto afecta ya un carácter más grave; ya no es malicia ni murmuración, ya es calumnia, la horrible calumnia en toda su espantosa deformidad, la calumnia que coge al inocente, le rodea, le sujeta, le estrecha, le estruja y no le deja hasta que le ve postrado, vencido, muerto, que sólo así se satisface ese mónstruo implacable, cuya existencia es el testimonio más evidente de la perversión moral de nuestros días.

—En épocas de agitación, de profundas crisis sociales y políticas, la calumnia se manifiesta siempre. ¡Cuántas calumnias no se han manifestado en estos años de revolución! ¡Cuánto no ha perseguido la calumnia á todo lo más respetable y digno!

—Comprendo que la insaciable pasión política apele á las armas viles de la calumnia; lo

comprendo, aunque es abominable, infame proceder, pero que la calumnia se cebe en la inocente niña que á nadie hizo daño, que no posee más bien que su virtud y su hermosura, ó en el honrado ciudadano que con mil trabajos y penosa economía vive al abrigo de la miseria, ó en la fiel esposa que ni imaginó siquiera poder olvidar un momento, ni en sueños, lo que debe al marido y á los hijos, eso, amigo mío, me espanta, me aterra, me enloquece, y no lo comprendo, no lo comprendo.

—Tienes muchísima razón, y estamos enteramente de acuerdo.

—Los hombres públicos á quienes se calumnia tienen medios de enérgica defensa, tienen el periódico, la tribuna, los tribunales, pero ¿cómo se defienden la niña inocente, la esposa honrada, el hombre pacífico que vive en el hogar y la familia, ajeno á la vida pública, que no se apercibe de la calumnia hasta que ésta ha hecho todo su camino, hasta que ya no es posible indagar dónde nació y dónde se ocultó la víbora? Te digo que he pensado mucho en eso, que he pasado largas noches de insomnio meditando, argumentándome yo mismo para disipar mis temores, y cuanto más he meditado tanto más he llegado á persuadirme de lo difícil, de lo imposible que es en muchos casos combatir la calumnia; sólo he hallado un medio, que no es enteramente seguro: huir, huir de la calum-

nia como se huye de un animal rabioso, que se sabe que si el animal le alcanza á uno y le muerde no hay remedio, no hay remedio. Y aun es más temible la calumnia, porque esa te hiere sin acercarse á tí; te muerde de lejos sin que lo sospeches siquiera, y cuando quieres destruir los efectos de la mordedura ya es tarde. No sabías que estabas herido en tu honra, que es la más profunda, la más incurable herida. ¿Crees que yo me conceptúo seguro aquí? ¿Quién sabe si la calumnia ha venido persiguiéndome, si ha llegado aquí antes que yo mismo?

—Veo que necesitas distraerte, olvidar esas impresiones con que has venido á Madrid, porque, te lo digo francamente, pudieras dar en maniaco.

—Sí, yo lo he temido también, y precisamente vengo buscando ese olvido que me aconsejas.

—Pero antes cuéntame esa historia, y luego olvídala.

—Has de saber, amigo mío, que en aquella ciudad tan querida para mí, la calumnia ha encontrado poderosísimos auxiliares en todas las clases de la sociedad.

—Pues por eso cunde.

—Durante mi ausencia, mientras estuve en el campo cuidando de la seguridad de mis fincas, se hizo un robo considerable en la ciudad; los ladrones no fueron habidos por la justicia,

pero allí se señala como autores y cómplices á tantos, que es imposible que respecto de muchos no sea una infame calumnia.

—Forzosamente.

—«Dicen que ese estuvo en el robo». Con esta frase te señalan al comerciante, al artista, al menestral, al empleado, y de esta suerte, llevándote de simpatías y antipatías, llegas á creer culpable al que acaso es inocente y sin culpa al que acaso fué realmente al robo.

—En efecto, es poco agradable oír semejante acusación.

—La honra de mujeres casadas no se respeta más.

—¿También eso?

—Te espantaría oír con que cínica indiferencia se habla allí de gravísimas faltas que se suponen cometidas por esposas que indudablemente son inocentes. Por desgracia, hay en todas partes alguna mujer infiel, pero en todas partes son honradas las mujeres en su inmensa mayoría. Donde hay tal costumbre de difamar á las mujeres, dime, en puridad, si habrá marido que pueda estar seguro de que su mujer no ha sido calumniada. Verdad es que si así se habla de las mujeres, á los maridos se les atribuye todo linaje de travesuras y devaneos, y llega en este punto la invención á revestirse de tales apariencias de verdad, que á mí mismo, tan refractario á esas malicias, han llegado á